
RELATO 4
RUTAS Y RETOS... PROYECTO DE VIDA

*Mónica Hernández Hernández**

Nací en México, Distrito Federal, en el año 1969, y soy la segunda de cinco hermanos. Mi madre trabajaba todo el día como enfermera en el Hospital de Cinematografistas porque mi padre nos había abandonado.

De mis años en la escuela casi no tengo momentos agradables para recordar. En primaria tuve problemas de aprovechamiento escolar, siempre pasé de “panzazo”; así fue como terminé la primaria. En secundaria tuve maestros tradicionalistas; entonces memorizaba para los exámenes: apuntes, fórmulas, símbolos, cuestionarios; así aprobé las materias.

En aquel momento sentí soledad y desánimo, a ello agregaba que mi madre siempre estaba en el trabajo, pues era nuestro único sustento. No contaba con algún maestro u orientador vocacional

* Orientadora en EST. Maestría en Educación Básica, UPN/DGEST.

que me guiara para seguir estudiando o para mejorar mi aprovechamiento. Transité en estos espacios como pude.

Cuando terminé la secundaria me pregunté: “¿Ahora qué sigue? ¿Qué voy a estudiar?” No lo sabía. Tenía que trabajar para ayudar con los gastos de la casa. Encontré trabajo en un taller como decoradora de muñecas de vinil, labor pesada y mal pagada. A veces me preguntaba: “¿Qué va a ser de mi vida? ¿Es lo que quiero hacer el resto de mis años?”

Un día de 1984, mientras leía un periódico, encontré la convocatoria de la primera generación del bachillerato pedagógico N° 2 para la Escuela Nacional de Educadoras. Realicé el examen de ingreso y fui aceptada. Después de un año de no estudiar sentí nervios y emoción al mismo tiempo. Volver a entrar a la escuela, estudiar por las mañanas y trabajar en las tardes. En el bachillerato encontré maestros tradicionalistas, emisores, y yo continué siendo receptora de conocimientos. No todo fue malo. La maestra de ciencias me enseñó a sembrar, a hacer terrarios y a plantar árboles. En la materia de historia aprendí por medio de historietas de Eduardo del Río “Rius,” algunas etapas relevantes de ésta; era divertido. En la materia de filosofía, antes de los exámenes elaboraba acordeones para aprobar, porque el maestro decía: “Quiero los conceptos tal como se los di, si es diferente estará mal su respuesta”; se trataba de memorizar mucha información. ¡Qué horror!

Tres años de estudio, y volví a preguntarme: ¿Ahora qué voy a estudiar? ¿Qué universidades existen? ¿Quién me podrá orientar? “No entraré a la Escuela Nacional de Educadoras”, me decía a mí misma, la había visitado y vi que hacían manualidades. Yo no tenía esa habilidad. En ese entonces un tío laboraba en la Universidad Pedagógica Nacional, él me habló de la convocatoria y de las carreras que ahí se impartían. Mi siguiente cuestionamiento fue: ¿qué carrera elegir?

Realicé el proceso de selección para ingresar a la Licenciatura en Psicología Educativa en la Universidad Pedagógica Nacional. Presenté el examen de ingreso. Fui aceptada. Durante mi estancia

ahí, tuve la necesidad de un acompañamiento, sobre todo cuando reprobaba materias, como el caso de probabilidad y estadística, pues tuve que recurrir a la materia. En quinto semestre conocí a dos compañeras que me aceptaron en su equipo de trabajo, situación que me ayudó el resto de mis estudios de la licenciatura. Trabajaba a la par de ellas, a su ritmo. Cuando me atrasaba en alguna actividad me decían: “Nos vamos a salir de tu equipo”; cuestionaban mis opiniones, explicaban lo que yo no entendía; en ellas encontré guía y apoyo.

Durante la elaboración de mi tesis, en la materia de seminario de investigación, busqué temas de interés. Me llamó la atención el tema “niños sobredotados”. Al empezar la investigación me percaté de que había poca información sobre él. Recuerdo una tesis en la Universidad Nacional Autónoma de México, de una maestra llamada Zoila. Ella tomaba una muestra de niños para aplicar pruebas y determinar quiénes eran niños sobredotados, sólo eso, y entonces me preguntaba: ¿qué pasa después?, ¿a dónde los canalizan?, ¿qué seguimiento se les da? Lo decidí, eso me gustaría investigar; sin embargo, a ningún maestro de la universidad le interesó mi tema. Yo no iba a permitir que me impusieran un tema que no quería, pues tenía la firme idea de que cuando te obligan a hacer algo que no quieres, los resultados son desfavorables, así que decidí no titularme. Me encontraba desilusionada y desanimada. Fue hasta el año 1998 cuando me titulé en la modalidad de “examen de conocimientos”.

Un compañero de la universidad me invitó a trabajar en el Colegio Nacional de Educación Profesional Álvaro Obregón I; estuve seis años en el puesto de orientadora educativa. A veces me reflejaba en los alumnos; entonces podía comprender sus carencias, como el bajo aprovechamiento escolar y la falta de un guía. En ese momento las actividades que desarrollaba con los alumnos de bajo aprovechamiento escolar, consistían en círculos de estudio entre pares, así como visitas a universidades, actividades que consideré relevantes para la toma de decisiones de cada uno de ellos, pues les ayudaría a visualizar su futuro.

Al mismo tiempo trabajaba en Conalep. Entré a trabajar en los módulos de la Comisión Metropolitana de Instituciones Públicas de Educación Media Superior (Comipems). Una aventura nueva y relevante en mi vida porque podría orientar o guiar a chicos de secundaria o egresados de las instituciones de educación media superior. Estos módulos eran poco conocidos o visitados por las personas. Cuando salían los resultados de la convocatoria de Comipems, asistían padres de familia enojados por las instituciones educativas asignadas a sus hijos, sin asumir su responsabilidad de guiar, orientar o buscar ayuda sobre el llenado de las opciones educativas; no veían la importancia de elegir una carrera. La toma de decisiones es un tema fundamental en la vida de toda persona.

En el año 2003 obtuve un puesto administrativo y mis actividades cambiaron. Pasé de un salón a una oficina de tiempo completo. Ya no tenía trato con alumnos, ahora sólo con docentes. En el 2009, un compañero de trabajo en Conalep, me habló de la convocatoria para plazas docentes. Al principio dudé; me animó y dijo: “tú eres egresada de la Universidad Pedagógica Nacional, sí te quedas”. Me registré vía internet, fui a revisión y a dejar mis documentos. Cuando me preguntaron para qué plaza iba a concursar, yo pensé en orientación educativa, por mi experiencia previa. Esa plaza no estaba disponible, y de acuerdo con mi perfil, me correspondía la asignatura de formación cívica y ética. No muy convencida, me presenté el día y a la hora indicada al examen. Los resultados fueron publicados vía internet 15 días después; me asignaron una plaza de 19 horas. Fui enviada a una Escuela Secundaria Técnica en el turno vespertino, a un lugar desconocido para mí; además, el tiempo de trayecto sería de una hora y media. Ahora lo considero relevante porque puedo conocer el contexto donde se desarrollan mis alumnos.

Iniciar con mi labor docente hizo que surgieran en mí muchas inquietudes: ¿Cómo empezar? ¿Cómo le hago? ¿Copio a mis maestros? Me detenía a pensar qué tipo de maestra deseaba ser, ¿seguir la forma tradicionalista en la cual aprendí, memorizando, repasando? Me repetía: “No quiero ser una maestra tradicionalista, nece-

sito mejorar”, es por eso que realicé un diplomado en formación docente.

En el ciclo escolar 2012-2013, me asignaron grupos de tercer grado en la materia de formación cívica y ética II; responsable del trabajo del concurso de ingreso de la Comisión Metropolitana de Instituciones Públicas de Educación Media Superior (Comipems), y tutora del 3° J. Al parecer, Servicios Educativos me pasó la estafeta porque las actividades no estaban consideradas en el programa de la materia. Trato de realizar estas actividades de acuerdo con mi experiencia.

Trabajé desde el proyecto de vida de los estudiantes. La mayoría de mis alumnos no saben lo que quieren estudiar; algunos dicen que quieren ser narcotraficantes; otros, choferes de taxi “pirata”, microbuseros; otras más, madres de familia, o bien, delincuentes de su barrio. Tal vez hablan por hablar, o quizá van a ser lo que sus padres no pudieron estudiar, o siguen patrones familiares; lo conveniente para ellos, es ser felices con su elección.

Tiempo después, la coordinadora académica me informó que en la materia de tutoría se realizaría únicamente evaluación de la velocidad, fluidez y comprensión lectora, situación incómoda y desagradable para mí, porque es el único espacio para trabajar las problemáticas de los alumnos. El programa de tutoría señala la realización de actividades enfocadas a mejorar la situación académica, solucionar conflictos y orientar al estudiante en su proyecto de vida.

Al asistir al grupo de tutoría, informo a los estudiantes que durante el año escolar se tiene que evaluar su habilidad lectora, ellos muestran desinterés, y lo llevamos a cabo como una actividad mecánica que se tiene que cumplir.

En una ocasión pasé asistencia y me percaté de las faltas de René, un alumno que en la materia de formación cívica y ética siempre trabajó. Cuando reporté la situación a Servicios Educativos, no me dieron respuesta. Pedí enviar un citatorio a sus padres, y me informaron que su madre no podía asistir, por estar embarazada. Verifiqué sus calificaciones en control escolar y observé tres

bloques reprobados en la materia de historia. Cuando platicué con la maestra encargada de la asignatura para ver la forma de apoyar al alumno, su respuesta fue negativa, argumentado que “Es un chico que no asiste” y “no aceptaré trabajos atrasados”. Ante esas respuestas, me enfrenté a algunas interrogantes: ¿Cómo apoyar al alumno? ¿No va a terminar sus estudios por reprobación de la materia?, y por lo tanto, ¿no cursará el nivel medio superior?

Un día vi a René en el salón y le comenté sobre su situación escolar. Él sólo alzó los hombros, y dijo: “Voy a tratar de terminar la secundaria, no me gusta venir”. Le pedí que tratara de no faltar para no agravar su situación en otras materias. Ahora asiste dos o tres veces a la semana, me doy cuenta por la lista de asistencia y lo veo preguntando a sus compañeros.

En el salón asigné un compañero de apoyo a los alumnos que tienen materias reprobadas. Sin embargo, no se ha realizado un seguimiento oportuno, por ende, los estudiantes no toman con seriedad las actividades; además por la falta de tiempo, porque se da prioridad a la evaluación de la lectura.

¿Podré realizar actividades de tutoría con apoyo de las autoridades y personal que labora en la escuela? ¿Por qué los alumnos faltan a la escuela? ¿Cuántos alumnos como René tendremos en la secundaria? ¿Puedo hallar una estrategia para que los alumnos tengan un proyecto de vida y mejoren su aprovechamiento escolar?

Considero de vital importancia encontrar una estrategia para apoyar a los alumnos en su aprovechamiento escolar y guiarlos hacia el logro de su proyecto de vida, por medio del acompañamiento de maestros y padres de familia; implementar actividades, evaluar, reflexionar, buscar y utilizar diversas alternativas de solución.